

hispanorama



Schwerpunkt:
La España de hoy

Mitteilungen des Deutschen Spanischlehrerverbands

im Fachverband Moderne Fremdsprachen

ISSN 0720-1168

Juni '88

Nr. 49

Javier García de María

La Guerra Civil en la actualidad:

Superar los mitos y comprender la historia

Si yo tuviera que archivar en una sola frase la actualidad de la guerra civil española, la frase creo que diría algo así como "ha llegado el momento de superar los mitos y comprender la auténtica realidad de aquel acontecimiento".

Y esta frase hay que entenderla desde dos puntos de vista distintos. El primero es el científico, es decir el de la investigación histórica. El segundo es el meramente social. Este a su vez se ha de contemplar desde una perspectiva generacional: todo español que tenga menos de 48 años nació después de concluida la guerra. Este grupo supone la mayoría de la población. Además debemos añadir que los españoles de menos de 60 años no eran más que unos niños al acabar la guerra. Los que tienen menos de 65 años, por lo general no llegaron a tomar parte en los combates.

Por tanto, los españoles que pudieron participar activa y directamente en los combates militares o ideológicos, son los españoles que ya han entrado en la tercera edad. Podemos considerarlo triste, pero es así en nuestra sociedad actual, con la jubilación las generaciones pierden peso específico en la toma de decisiones. Una vez establecidas las pertinentes excepciones, entre las que podemos destacar la no siempre deseada "longevidad" de los políticos, esto es correcto como enunciado general.

Mito, investigación, generaciones y actualidad van a ser por tanto el núcleo de esta conferencia. Nos vamos a concentrar sobre todo y, lógicamente, en España. Pero antes quiero decir dos palabras sobre la Guerra Civil Española en relación con el extranjero; en relación con su resonancia, con su importancia, con su significado en el extranjero.

El eco de la Guerra Civil en este contexto hay que buscarlo a mi modo de ver en cuatro circunstancias principales. La primera se refiere a lo sucedido en la guerra misma. La segunda se refiere a la influencia de los exiliados españoles de la guerra y a los protagonistas extranjeros que tomaron parte en ella. La tercera circunstancia es la del franquismo. El establecimiento y la larga pervivencia del régimen del general Franco fomentó una oposición y una lucha contra él que permitió mantener la memoria viva de la Guerra Civil a lo largo de casi

cuarenta años. La cuarta se refiere a la no vivencia de la realidad social diaria desde el extranjero. Desde aquí se vivía, como mucho, la realidad política. Pero la letra y la realidad no suelen coincidir. Unas veces para mal y otras para bien. El tener en cuenta este factor es sumamente importante, sobre todo cuando se trata de comprender la realidad de una sociedad dirigida por un régimen abiertamente sometido ya a un proceso de descomposición. La mejor prueba del alejamiento de la realidad española de los exiliados la aportó el congreso del PSOE de Suresnes: se impuso la línea de los socialistas del interior. El resultado final fue la elección de Felipe González como Secretario General, apoyado por la fuerza del sindicalismo socialista, Nicolás Redondo, y desplazando a los históricos del socialismo y del exilio. Las tres primeras circunstancias, y de ellas las dos primeras directamente y la tercera por rechazo, alentaron el fuego de los ideales por los que lucharan los protagonistas del lado republicano. Las cuatro contribuyeron a alimentar el mito de la revolución anarco-sindicalista, de los ideales democráticos, de la utopía de la izquierda. En definitiva, de la República. Es decir, los mitos del bando republicano.

Por lo que se refiere a la primera circunstancia debemos establecer la doble dimensión que adquirió la Guerra Civil Española: un conflicto ideológico y social español (1) y un conflicto ideológico mundial. Es decir, mundial, si lo consideramos desde las gentes de muy diversas nacionalidades que de una u otra forma participaron en el acontecimiento. En realidad, quizá podamos decir sin remordimiento, que es una clásica guerra ideológica y social europea. La última netamente ideológica y social.

Porque la II Guerra Mundial es en primer lugar una guerra de invasión y de defensa. No es una guerra social. Y si es una guerra con una ideología, entonces esa ideología es la ideología del nacionalsocialismo alemán y del fascismo italiano que conducen a la invasión. Para las demás naciones europeas es ante todo y sobre todo una guerra de defensa. Defensa de un pueblo para la supervivencia frente al invasor extranjero. Pero directamente no es una guerra en defensa de una ideología: pensemos en la Francia de Petain o en la ambigüedad con que Inglaterra consintió la actuación previa de Hitler. O si quieren, y sólo en segundo lugar, es una guerra ideológica en tanto en cuanto que, después de estallado el conflicto, la subliminal idea de "democracia" es utilizable, y utilizada, como un efectivo instrumento de enardecimiento de la población en función de la defensa. Nos tememos que la ideología por la ideología misma únicamente ocupe el tercer lugar en este orden de prioridades.

Descontado el descomulgado número de los aventureros de turno, los obreros y los intelectuales de las Brigadas Internacionales fueron a España a luchar voluntaria y conscientemente en favor de unos ideales de progreso y de democracia. Acudieron a combatir al fascismo. El primer impulso del gobierno de Léon Blum fue el de ayudar a la República. Independientemente de sus otros objetivos y, de todas formas, a pesar de los acuerdos tomados en el Comité de No-Intervención, Hitler y Mussolini ayudaron a Franco por las semejanzas ideológicas. Interesada o no, la ayuda de la Unión Soviética también tenía bases de compatibilidad ideológica. El caso de Inglaterra diremos que es peculiar. La República debe estar especialmente agradecida a esta gran y democrática nación... por la ayuda recibida para perder la guerra. Su obsesiva actitud anti-comunista le impidió socorrer a un gobierno legítimo e igualmente democrático y constitucional, por su inacción dejó las manos libres a los aliados del General Franco y obligó a la República a arrojarse en los brazos de la Unión Soviética.

Bien, de todas formas, la pérdida de la guerra española primero y la atrocidad de la II Guerra Mundial después, es lo que motivó el fracaso de los objetivos por los que habían luchado los brigadistas y las fuerzas de izquierda españolas. Los ideales se mantuvieron vivos, la realidad de la guerra se fue convirtiendo en mito y conforme pasaba el tiempo se fue apartando de la realidad que estaba siendo vivida en España.

En parte aquellos ideales y en parte la mitificación de aquella realidad es lo que los protagonistas han transmitido a las nuevas generaciones. Las significativas actividades académicas celebradas en el extranjero para la conmemoración del cincuentenario del comienzo de la Guerra Civil en Roma, en París, en Brighton, en Harvard, y aquí en Alemania en Berlín, Bonn, Munich, Osnabrück o, naturalmente, Göttingen,

han dado una muestra del eco, académico y no académico, despertado por el tema de la Guerra Civil.

Y ahora pasemos a España. Séame permitido comenzar con una anecdota. Con ocasión del décimo aniversario del establecimiento de la democracia en España en el Departamento de Español de Göttingen invitamos a Armando López Salinas a una charla-conferencia. López Salinas vivió la época del franquismo duro en sus carnes, en la cárcel y en sus novelas. Yo acababa de leer una noticia en "El País" según la cual en una entrevista un niño a la pregunta de "¿Sabes quién es Franco?" había respondido con "Es un señor que estudiamos en el libro de historia".

Por mi parte tengo que decir que la respuesta me había alegrado enormemente, por lo que significaba de superación de una época de la historia, abierta como muy tarde con el estallido de la Guerra Civil, que había marcado trágica y negativamente a la sociedad española. Le pregunté su opinión a López Salinas. El, evidentemente afectado y ofendido, me respondió que esa entrevista y esa respuesta, que conocía, le había indignado y que no implicaba más que la pérdida de memoria histórica de un pueblo. En su argumentación estaban mezclándose el franquismo, la Guerra Civil y la República. Respetando sus padecimientos y su pasado antifranquista no quise entablar una discusión con él: era además una cuestión generacional.

Pero mi pensamiento era y es el siguiente: no se puede perder una memoria que no se tiene. Y desde luego, tampoco se pueden confundir tres fenómenos distintos como son la II República, la Guerra Civil y el franquismo. La ligazón es indudablemente íntima, pero no son identificables. Aunque estén fundidos en las mentes de quienes vivieron la República, la Guerra Civil y la era de Franco, sobre todo su primera parte.

Las relaciones entre la primera época del franquismo y el periodo anterior de guerra y de éste con el régimen republicano son íntimas y de causa a efecto. Pero cuando se está a punto de entrar en los años sesenta y el Opus Dei desplaza a Falange, la tecnocracia a la política y cuando se establece el Plan de Estabilización y comienza la industrialización, la realidad global española está completamente desconectada de la realidad vivida entre 1931 y 1939. Con respecto a las diferencias establecidas entre este último decenio y la realidad tras 1975 ni siquiera necesitamos hablar.

Y con arreglo a las experiencias vividas así se ve la realidad. La generación que vivió la República, la guerra y la posguerra en sus años de juventud y madurez está avocada a hacer girar su interpretación de la historia de España posterior alrededor del eje de la Guerra Civil. Sus ideales, sus ilusiones, sus sentimientos, sus odios, sus lealtades o sus temores están impregnados y ahormados por aquel acontecimiento. La Guerra Civil es (o era, ya) su vida.

Para la generación joven de los años cincuenta y parte de los sesenta, su vida ya no es la Guerra Civil, sino el franquismo. El enfrentamiento y la oposición al franquismo. Un franquismo sólido y fuerte y una sociedad atemorizada, atenazada y controlada y paralizada políticamente. El enfrentamiento dejaba marcados a los opositores de por vida, vida que incluso podían llegar a perder.

La generación que llega a la universidad y al trabajo hacia 1968 podríamos decir que ya ni siquiera es antifranquista. Esta generación no actúa impulsada por móviles políticos, sino sociales. Esta generación no ha conocido ni de cerca ni de lejos otra España que la de Franco. Esta generación tiene una serie de necesidades que la sociedad no le satisface. Y la sociedad no es sólo el régimen político franquista: son los padres, es la mentalidad de la generación de los mayores, es el temor y el miedo políticos de la generación de los mayores, son las estructuras y carencias de un país en vías de desarrollo.

¿Que es culpa del régimen? Aceptado. Pero ya no se lucha contra el origen remoto de las causas, sino contra los problemas que se encuentran en la realidad cotidiana. Franco está ahí. Pero el general es un anciano cuya figura empieza a adquirir rasgos tragicómicos. El franquismo sigue ahí. Pero no es una muralla contra la que se estrella todo esfuerzo. El obrero ha conseguido infiltrarse en la Organización Sindical, ha conseguido introducir algunas reformas que le son favorables y la está utilizando desde dentro para alcanzar los objetivos fijados en el movimiento obrero paralelo, semitolerado pero no autorizado, representado por la Unión Sindical Obrera (U.S.O.) y las Comisiones Obreras. Para el estudiante es un estorbo que le exige algunas precauciones al pasar la frontera con discos de Paco Ibañez, o alguna Historia de España de Pierre Vilar, Tuñón de Lara o Hugh Thomas; que cuando reclama la libertad sindical o la reforma de la universidad le cuesta la presencia de la policía en el campus universitario, carreras por las calles, algunas palizas en comisaría y algunas multas. También ahora pueden ocurrir muertes. Sin embargo, no son deseadas por el régimen y se insiste en presentarlas como accidentes desafortunados.

El franquismo está en descomposición y cada vez es más palpable el ambiente de que todo el mundo está esperando a que Francisco Franco muera para que su régimen desaparezca con él y se pueda comenzar el nuevo edificio de la España democrática.

La generación joven actual no ha conocido ni la República ni la Guerra Civil ni ninguna de las etapas del franquismo. Ha llegado al uso de razón en el seno de la democracia. Sus preocupaciones no son políticas. Su preocupación es ante todo y sobre todo el trabajo. Lo demás, los mitos del franquismo o de la Guerra Civil o de la República son, si se los apura, batallitas del abuelo... o del bisabuelo.

Por tanto, ¿hay interés en la España de hoy por la Guerra Civil? La respuesta es: sí y no.

En el coloquio de Göttingen Manuel Andujar se quejó amargamente de una experiencia que acababa

de sucederle en el Congreso de Escritores de Valencia, una conmemoración de aquel otro Congreso de Escritores Antifascistas de 1937. Una joven periodista, y comunista, para colmo!, le dijo lisa, llana y enfadadamente que estaba HARTA de la Guerra Civil. Aunque a sus 75 años Andujar demostró ser todavía una persona aguda, crítica y abierta, una semana después todavía no podía salir de su asombro. Personalmente no me causó ninguna extrañeza. Esas mismas palabras las he oído y las he repetido cien veces.

Ahora bien, en la frase ni está todo lo que es ni es todo lo que está. La frase es interpretable en los siguientes términos: estamos hartos de los mitos de la guerra; estamos hartos de las historias y de las heroicidades del bando "A" y del bando "B"; estamos hartos de que los dos bandos se empeñen en convencernos de que el propio bando estaba en posesión de toda la razón y toda la verdad.

Pero ese "estar hartos" admite con seguridad matices si las generaciones jóvenes asisten a congresos, actos y actividades relacionadas con la Guerra Civil o, si una persona que no es historiador, como el autor de este artículo, si le es permitido ponerse como ejemplo, se pasa dos años preparando un coloquio en Göttingen. Estaremos hartos... pero se ve que no estamos suficientemente hartos. Se podrá sospechar que de lo que estamos hartos es de que, en definitiva, no nos hayan sabido explicar o no se nos hayan querido explicar las causas reales de un acontecimiento que ha dejado estigmatizadas a varias generaciones de españoles.

Es decir: hay interés por la Guerra Civil. Pero el interés se centra en la comprensión del suceso, independientemente de los protagonistas. Creo que esto se puede observar simplemente en la calle. Pero si queremos atenernos a algo más objetivo, en opinión de Martínez Martín, catedrático de historia Contemporánea de la Complu-

tense, esto quedó meridianamente demostrado en el multitudinario macrocongreso celebrado en Salamanca: allí "se puso de manifiesto el interés por el estudio de la Guerra Civil por los centenares de personas allí congregadas, como ponentes, comunicantes, integrantes de equipos de investigación y asistentes, pero más importante aún, si cabe, no fue sólo la presencia de firmas consagradas sino la participación de jóvenes investigadores que tuvieron ocasión de presentar allí, muchos por primera vez, el resultado de sus trabajos en maratónicas sesiones de interés científico y demostrando que la preocupación intelectual sigue viva y con evidentes visos de futuro" (2).

Llegados a este punto, podemos exponer una sucinta visión de las etapas por las que ha pasado la investigación histórica sobre la Guerra Civil. Independientemente de la importancia que esta cuestión tiene por sí misma, yo se la quiero presentar a Vds. en función de los textos de enseñanza que juntos vamos a discutir y analizar a continuación (3).

Para empezar bien podríamos decir que la interpretación histórica de la Guerra Civil es también un problema generacional. De alguna forma las direcciones interpretativas coinciden con las etapas generacionales que he expuesto anteriormente. En la historiografía de la Guerra Civil hay dos etapas bien diferenciadas. La primera es la comprendida entre 1939 y el final de los años cincuenta. La segunda comienza en los años sesenta. Los investigadores jóvenes que se han dado a conocer con motivo del cincuentenario suponen seguramente la apertura de una tercera etapa.

En la primera etapa la historia consiste en descaradas apologías de los vencedores; en narrar las experiencias personales y las propias verdades de los vencidos.

La segunda etapa toma cuerpo en los años sesenta. Se incorporan nuevas corrientes al análisis histórico tanto en España como en el extranjero. La primera es la investigación histórica sobre la guerra de España que aparece en el ámbito anglosajón. Es obra de Jackson, Carr, Thomas, Southworth, etc. Esta corriente sigue la interpretación liberal inglesa. Explica la Guerra Civil como el resultado final de una serie de decisiones tomadas por los individuos. Este tipo de análisis histórico olvida normalmente el análisis de las causas que motivan las decisiones. Es además conservador. La corriente enfrentada a la anterior, y que interpreta la historia de la República y de la Guerra Civil basada sobre el análisis político, social y económico, encuentra sus exponentes en trabajos como los de Tuñón de Lara, Pierre Vilar y Broué y Témime.

En el interior, la revisión llegará con el cambio de dirección en la economía y el acceso del Opus Dei al poder. No sólo al calor de la intelectualidad que propicia el Opus y del cambio de imagen que adquiere el régimen, sino también ante la necesidad de dar una respuesta a las obras que aparecen en el extranjero, surge un análisis histórico que trata de interpretar la Guerra Civil y de justificar el régimen franquista desde perspectivas más académicas que las de la etapa anterior. Es la corriente del neofranquismo. El nombre más representativo es el de Ricardo de la Cierva.

Cito a Julio Aróstegui: "Con mayor o menor énfasis, todas las posiciones historiográficas nacidas en los sesenta han señalado: que la guerra era producto de una insurrección no de un movimiento nacional y menos de una cruzada; que fue acompañada de una revolución en uno de los

campos y de una contrarrevolución en el otro; que fue un producto hispánico", etc. (4). La interpretación y la justificación de la insurrección son lógicamente distintas según las corrientes.

Las corrientes nacidas en la década de los sesenta han prolongado su influencia hasta nuestros días. En opinión del mismo Aróstegui a la historia social de la Guerra Civil le queda mucho camino por recorrer y la celebración del cincuentenario no ha venido sino a demostrarlo: "El cincuentenario ha mostrado bien que es más fácil hacer persistir mitos que desterrarlos. Que persisten elementos de una cierta cultura científica político-social muy ligados al pasado y cuya pervivencia no está justificada. Que carece enteramente de justificación el mantenimiento de determinadas "fuentes de autoridad" y que algunos en principio beneméritos esfuerzos divulgativos pueden convertirse en empresas de carácter comercial viciadas en origen por condicionantes que obligan a la pervivencia de esos mitos" (5).

Pervivencia de mitos de las viejas generaciones y pervivencia de mitos en la investigación. Deseos de una nueva comprensión y corrientes de una nueva interpretación histórica. Seguramente es esto último lo que va a presidir el trabajo y actitud mental de después del cincuentenario. Los mitos de los vencedores hace mucho tiempo que fueron superados. Celebrado en el seno de una España constitucional, democrática y de las Autonomías, el cincuentenario debería servir para superar los mitos de los vencidos.

Ha llegado ya el momento de que la Guerra Civil abandone la calle y pase a las mesas de trabajo de los Departamentos de Historia Contemporánea. Ha llegado la hora de que la carga emotiva asociada con la República, con la Guerra o con el nombre de Franco, de que los mitos de los vencedores y de que la frustración y los mitos de los vencidos desaparezcan definitivamente y sean sustituidos por la comprensión de lo sucedido en España durante la Segunda República y durante la Guerra Civil. La España de hoy es otra España.

NOTAS

- (1) "Aunque en una encuesta del año 1983, un abrumador 76% de las personas a quienes se preguntó respondió que los españoles estaban mal informados, no obstante esa misma encuesta dio resultados altamente significativos con respecto a la Guerra Civil como guerra social. Un elevadísimo porcentaje de los encuestados (entre el 80 y el 90%) percibía la Guerra Civil como un enfrentamiento de clases, como una guerra social en la sociedad española de 1936" (BERNECKER, Walther L.: "La Guerra Civil Española - una guerra social". Este artículo será publicado próximamente en las actas del coloquio de Göttingen). La encuesta a la que se refiere Bernecker es la publicada por Cambio 16, número 616, del 19-IX-1983.
- (2) MARTINEZ MARTIN, Jesús A.: "Crónica de un cincuentenario", Arbor, noviembre-diciembre 1986, p. 250.
- (3) Se trataba de analizar la interpretación dada al periodo de la República y al de la Guerra Civil comparando el tratamiento dado en las lecciones correspondientes de los libros de texto de B.U.P. y F.P. Se había elegido libros de texto de distintas editoriales y ediciones anteriores y posteriores a la muerte de Franco. Si algún lector de *Hispánorama* tuviera interés en estos textos puede dirigirse al autor.
- (4) AROSTEGUI, Julio: "Vademecum para una rememoración", Arbor, noviembre-diciembre 1986, p. 18.
- (5) *Ibidem*, p. 21.